

LA MUERTE DE UN BUROCRATA

Pedro Bouchan Reyes / Facultad de Derecho

*... Cuando miramos
las cenizas de los días que fueron
flotando en el Pasado.*

Macedonio Fernández

Los colores grises y verdes, que de tan gastados forman grotescas figuras en las paredes y los muebles, rompen la monotonía del tac-tac de las máquinas de teclas, cientos de ojos que lo ven todo sin respirar, con su eterno olor a aceite, envolviendo sus metales.

Los pies entumecidos por el frío de enero, la boca exhalando un vaho pestilente que invade su espacio seco. La cara inexpresiva, con ese mirar avejentado, como algo que pegado a la silla espera un poco de muerte. “El trabajo es una pura mierda. Sacar tiras y tiras de números. Cuántos millones de pinches pesos; papel, papel, mi pinche vida es puro papel.”

El sol calienta los huesos derretidos por el duro clima de invierno. Es un sol amarillo, un disco que aviva el espíritu oxidado de ese hombre de saco descolorido y sombrero desgastados por los años. El tiempo se torna clemente. El vaho se aleja de la boca. Humo de cigarro lo sustituye ahora. “¿Cuántos años? Posiblemente cerca de veintidós, eso es, veintidós años en el escritorio. Sumando y restando dinero; dinero que ha corrido como un cabrón diablo en el infierno. ¿Y por qué? ¿Por qué estar recordando estupideces? Es mi culpa. No creo en el destino. Uno agarra su cabrona posición en esta vida y ya. Pero. . . me acuerdo muy bien, de cuando joven. Organizando desmadre y medio junto con Rodolfo. . . Las fábricas, las calles. . . Buenos tiempos aquellos, Raúl. . . La clandestinidad. . . la cárcel, las madrizas con la esquiroleada. . . Recuerdos. Puros recuerdos de humo. Así, como este jodido cigarro.”

En un momento dado los rumores de la gente invaden el espacio gris. El café caliente es sorbido con ademanes, que de tan viejos, ya son un rito. Rito que tiene por altar esas mesas de metal llenas de papeles, que según opinión de la más alta jerarquía de la oficina, son la vida, la historia de este país, elevado a la calidad de número.

—Oiga, compañero pagador, dígame desde qué quincena me empezaron a descontar mi cheque. Ya sabe que hice un préstamo a Pensiones y mi comprobante no aparece.

—Ya está usted chingando tan temprano; espérese siquiera a las once. No ve que tengo mucho trabajo.

—Vaya con usted viejito carrascaloso, si para eso lo pusimos en el hueso. Además para eso le pagan ¿no?

Haciendo una señal con el brazo, el que hizo la pregunta se va a su lugar.

—Pues que se creen estos pendejos —se dice Raúl González— carajo, todo pierden, un día de estos van a perder hasta su pinche m. . .

“¿Te acuerdas Raúl? El sabotaje aquél, el de El Aguila? Estuvo fregón. Los gringos se creían que los obreros mexicanos no eran gente de huevos. Cuánto lloraron lo del incendio a las bodegas. . . Creo que a veces es bueno acordarse de sus andanzas. Es bueno tener siempre un punto de vista; yo por ejemplo me metí al Partido. En los buenos tiempos, caracho; cuando ser militante era la muerte segura. Cuánto borlote hubo con Abelardo y el Trompu-do. Esa Célula Engels era de veinticuatro quilates. El Rodolfo era mucho colmillo; se sabía a los Maestros como nadie. Le llegaron al precio, lástima. Ahora el cabrón renegado ni saluda a los viejos camaradas. Así es esto. Muchos no aguantamos la militancia, nos falta todavía mucha pasta. . . Esos tiempos sí que fueron de mucha garra proletaria. Y, ¿ahora? y ¿yo? Aquí, metido para siempre en este mugriento cajón de lámina. . .”

—Señor González, qué pasó con esa póliza. Tiene usted más de quince días con ella y no puede sacar la cuenta, me veré en la necesidad de levantarle un memorándum en vista de su negligencia. Le doy hasta mañana para que termine.

—Hoy mismo tiene usted la cuenta. Nomás que sí le advierto que no correré traslado de ninguna responsabilidad. Esos señores pagadores son una bola de bandidos, y como, según ustedes, son intocables, me aguanto. . .

“De qué sirve tanta ley, tanto reglamento, si se limpian con ellos. No cabe duda, aquí los criados menores de la burguesía somos puro parapeto. Sus intereses de clase estarán salvaguardados por gente como nosotros. Por un salario para mal tragar, tenemos que soportar tantas chingaderas. Y han sido veintidós años en que yo, Raúl González, antiguo miembro de izquierda, del Partido, tengo que ensuciarme las manos para no morirme de hambre. . .”

El ruido de las máquinas hace agitado el día. Los empleados, con movimientos ágiles, entran y salen del privado del jefe. Su indispensable firma es como la anhelada búsqueda de algo muypreciado. Esos rasgos de tinta roja lo son todo.

—Dicen que el miércoles habrá valla en el Zócalo. Nos viene a visitar el presidente de Guatemala; ya estuvo que el sábado no venimos. . .

—Ya empiezan otra vez con su acarreadero de animales. Nomás para aso-learnos. Agitar banderitas y gritar a lo estúpido.

—Cálmese, don Raúl, usted siempre con sus mentadas. ¿No ve que sirve que nos distraemos un poco? Ya ve usted aquí, puros papeles y números.

—Eso es, siempre papeles y números. Hasta en sus jodidas vallas.

El diálogo prosigue. Pasan de un lugar común a otro, hasta quedar en silencio. “Sí, Raúl González, aquí has dejado lo mejor de tu vida. Pegado a las teclas, como si sus malditos ojos ya te pertenecieran. Veintidós años alcahuetando el robo. Qué lejanos te parecen los días de lucha. Cuando pensabas que la justicia obrera estaba cerca. Hoy quedan muy pocas huellas. . . Tal vez otros camaradas más combativos, más orgullosos que tú, piensen que esto no puede ser eterno. Que existe un mundo mejor al cual sólo se llega con el sacrificio, con la cuota de sangre, que si es preciso, se tiene que pagar para poder escribir la verdadera historia. . . la de los oprimidos. . . la de todos. . .”

—Qué le ocurre González, hoy lo he visto muy preocupado, es más, ni siquiera salió a almorzar. Algo debe de andar mal. Animo, hombre. . .

—Eso es, ánimo. Pero créame que esta maldita cuenta la tengo que entregar hoy mismo, y los ojos que ya no me ayudan mucho. Me tendrán que dar anteojos nuevos. Ese cabrón del jefe me viene a reclamar muy gallito; si no fuera por la jubilación lo hubiera mandado a la. . .

—Estamos iguales compita, pero ya nomás unos añitos y mandaremos todo esto al demonio. Aunque ha corrido mucho tiempo que tal vez lo extrañaremos, no sé. . .

—Posiblemente, ya ve que nosotros los viejos vivimos de recuerdos, de nostalgias. Pero creo que al fin descansaremos de tanto papel y de tantos números.

—Si, de números, compa González.

La hora de salida. La gente se atropella con su tarjeta en la mano, lista para meterla en la boca del reloj checador. Salir de allí representa algo como la libertad, esperada por mucho tiempo. ¿Pero, y mañana? ¿Volverán a perder su libertad?

— ¡Vámonos don Raúl! A poco me va a salir con que tiene trabajo atrasado. Déjelo para mañana.

—No compita. Me urge terminar con esta póliza, después lo alcanzo.

“¿Derrotado? ¡Madres! Es este polvo, estos números, esta estúpida mierda de vida que lo consume a uno lentamente; es una muerte a dosis. Así, como si el alma se llenara de polvo, de tierra, hasta ahogarnos en sus sombras grises. Esta vida es una pura mierda.”

La oficina se queda sola. En las mesas hay papeles, teclas en descomposición. Ojos que se desvanecen como el humo, la taza con sus residuos de café y una delgada sombra, que alejándose lentamente, se pierde entre la puerta. Mañana será mañana.

